

Jotabeche, Padre del Costumbrismo

José Joaquín Vallejo Borkoski, vivió una existencia azarosa antes de escribir como Jotabeche, seudónimo que lo inmortalizó. Su padre, un platero descendiente de españoles y su madre de ascendencia polaca, apenas ganaban para vivir. Nacido en Copiapó —otros lo hacen venir al mundo en Vallenar—, el 19 de agosto de 1811, tuvo que emigrar de la primera de dichas ciudades cuando el terremoto de 1819 la destruyó, arruinando del todo a sus progenitores. Un tío suyo, Juan José Espejo, lo matriculó en el Liceo de La Serena. Apenas tuvo conocimientos, hizo clases a los alumnos de cursos inferiores y logró la suprema satisfacción de ayudar al sostenimiento de sus mayores. Como era estudioso, obtuvo una beca para ingresar al Liceo de Chile, regentado por don José Joaquín de Mora.

Cuando el plantel dejó de funcionar, pasó a estudiar leyes en el Instituto Nacional, pues sentía vocación para ser abogado. No llegó a recibirse, pero un hombre como él no iba a parar mientes en abismos formales. Consta en su biografía que, andando el tiempo, tanto en Santiago, como en Copiapó, ejerció la abogacía.

Vivió apenas 47 años, pues murió el 27 de septiembre de 1858, en Totalillo, donde a la sazón poseía una finca agrícola. Se han cumplido, por tanto, hace unos días, 130 años de su fallecimiento.

Curiosa existencia la suya, tanto en el ejercicio del derecho, donde tuvo éxito por su atención y diligencia para con los clientes; como en la etapa anterior, en la Intendencia de Maule, donde fue secretario; también en el comercio, pues su osadía lo condujo a la cárcel. De allí lo sacó la lucha política por la presidencia de la República, entre don Francisco Antonio Pinto, don Joaquín Tocornal y don Manuel Bulnes, quienes disputaron la sucesión del Presidente Prieto, en 1841. Abrazó la causa de Tocornal, en el periódico "Guerra a la Tiranía" donde, según consta, sus artículos todavía eran de escaso vuelo, pues no había madurado ni definido el estilo que, más tarde, lo incorporaría a la merecida notoriedad. La derrota de su candidato hizo que retornara a Copiapó.

En la tierra de sus padres, litigó en los tribunales. Luego ingresó, 1842, como colaborador en "El Mercurio" de Valparaíso. Era, precisamente, la época del Movimiento de Renovación Literaria, iniciado entonces en el decano de la prensa mundial en lengua española. Se dio a conocer como articulista de costumbres. Había dejado atrás la agresividad inicial, trocándola por gracia e ingenio chispeantes que le ganaron lectores. Conocía bien los escritos de aquel genio del periodismo español que fue Mariano José de Larra, el célebre "Pobrecito Hablador" de temprana y romántica muerte. En una carta de 1843, confiesa, acerca de Larra: "rara vez me duermo sin leer alguna de sus preciosas producciones". Tuvo, chilense como fue, el coraje de polemizar con los escritores argentinos de la época, que también colaboraban en "El Mercurio"; entre ellos, Domingo Faustino Sarmiento, más tarde, Presidente de la República Argentina.

En 1845, tras rendir lo mejor de su producción, fundó "El Copiapino", aparecido el 10 de abril de ese año y que permaneció como adalid provinciano, por 9.355 números, hasta el 3 de abril de 1879, más allá del desparecimiento del autor que le dio vida. Allí vació su talento, su afán por el progreso y su aguda crítica, que lo hizo ser considerado como el primer literato de Chile en la especialidad en que Larra pasó a la posteridad.

El juicio acerca de su tarea en el periódico, señala una favorable evolución de su modo de ver las cosas, "de defender doctrinas y propósitos de partido los que servían de base a su criterio, que tenía como horizonte una generosa y noble aspiración". No fue extraño, entonces, que representara a los departamentos de Vallenar y Freirina en el Parlamento.

Sin embargo, no sería luminosa su participación en el Congreso. Después de servir de 1849 a 1851, dejó esta fase de la política. Desdeñó, incluso, la representatividad de los departamentos de Constitución y de



VICTOR CASTRO. — "Valparaíso, V Región, V Dimensión", se titular la exposición de Víctor Castro que se encuentra abierta, hasta el 23 de este mes en la Galería Municipal de Arte, de calle Condell. Este cuadro forma parte de la muestra. Es un apunte sobre el puerto de Valparaíso, no tiene nombre, y fue presentado como "H".

Cauquenes, regiones donde en sus años mozos, como se ha dicho, tuvo alguna actuación pública.

Consta que en su época, Jotabeche llegó a ser el escritor mejor pagado de Chile. Rivadeneira, editor de "El Mercurio", le daba más de dos onzas de oro por artículo. Tuvo, además, otros honores. Al ser fundada, en 1843, la Universidad de Chile, nuestro héroe fue designado miembro académico de la Facultad de Humanidades, aunque, según se ha señalado, no había alcanzado título profesional alguno. Regidor de la Municipalidad de Copiapó, exitoso minero, en 1850, ya rico, casó con una sobrina suya, Zoila Vallejo, sin que la unión fuera bendecida por una anhelada descendencia.

Entre tanto, el que se había caracterizado por su fogosidad y salud de hierro, comenzó a sufrir una cruel afección a la garganta. Acrecentó su pesar, que trató de aliviar en viajes al exterior, la viudez que, por vez primera en su existencia, le hizo sentir el acoso de una soledad que minaba su espíritu emprendedor.

En 1847, ya tenía libro propio, editado en la Imprenta Chilena, que reunía colecciones de sus artículos, consagrándolo, al igual que en la prensa, por mérito, como el primer costumbrista de la literatura chilena. Hay quienes critican que, a la vera de la gracia, cayera en chocarrerías que pervierten su imagen. Lo cierto es que su ironía, su versación, la luminosidad de su estilo directo, le abrieron camino entre los que habían de permanecer por encima de chismes y envidias. Su lenguaje fluido, puro, castizo y elegante respira originalidad y valentía.

Cabe dejar constancia que el libro de Jotabeche fue uno de los primeros impresos en el país y el único que, desde entonces, había reunido artículos en un tomo. Afirma esta opinión, tan cierta, que ya en 1847, la Biblioteca de Escritores de Chile, recién establecida, coronara a Vallejo al incluirlo en su colección. Así lo elevó como uno de los clásicos de las letras nacionales. Alberto Edwards, ha apuntado que "las cartas de Jotabeche son, por lo regular, tan saladas y donairosas como sus artículos, y es raro registrar una sin topar luego con alguna observación exacta, un pensamiento discreto o una frase regocijada o chistosa: recuerdan las de Portales, otro espontáneo maestro del arte epistolar".

Oscar Guzmán Silva